



PRIMERA PONENCIA

(PRIMERA PARTE)

**LA EDUCACIÓN A TRAVÉS DE LOS
MEDIOS DE COMUNICACIÓN: VISIÓN HISTÓRICA**

MARÍA JOSÉ RUIZ ACOSTA

FACULTAD DE CIENCIAS DE LA INFORMACIÓN

UNIVERSIDAD DE SEVILLA

INTRODUCCIÓN

Qué duda cabe que, cercano el término del presente siglo, resulta atractivo, si no oportuno, hacer balance acerca de algunos de los aspectos más destacados de estas últimas décadas. Entre todos, merece nuestra atención el ámbito conformado por los medios de comunicación social, protagonista de una centuria a la que se ha definido con el nombre de "Era de la Información".

La creciente importancia de la comunicación social y sus canales constituye, ciertamente, el objeto de estudio de numerosos investigadores, responsables de una ingente producción científica asentada en torno a la aceptación de aquélla como "configurador social". En esa línea, Alejandro Muñoz Alonso, recogiendo el sentir de historiadores, sociólogos y comunicólogos, plantea extremos como el siguiente:

"Nadie duda hoy en día, en efecto, que si hay algo determinante en la Historia de la Humanidad es la comunicación, hasta el punto de que los grandes virajes históricos han estado siempre condicionados o acompañados por cambios en la comunicación (...). Lo cierto es que la comunicación ha jugado siempre o a menudo una función catalizadora del cambio histórico"¹.

Visión que completa Amparo Moreno al resaltar los vínculos existentes entre los medios de comunicación y la sociedad. En sus palabras:

"Los sistemas de comunicación nunca han sido un añadido opcional en la organización social o en la evolución histórica. Cuando estudiamos su historia vemos que ocupan un lugar junto a otras formas importantes de organización y producción social, del mismo modo que ocupan un lugar en la historia de la invención material y de la ordenación académica"².

A la luz de las afirmaciones anteriores y alejados de los determinismos más acérrimos, resulta muy sugerente analizar las relaciones entre la comunicación social y los principales parámetros sociales, políticos, económicos, ideológicos y culturales generados en el ámbito occidental. En el caso concreto que hoy nos ocupa, centraremos nuestra atención en uno de esos aspectos, el binomio Información de actualidad-educación, quizás uno de los temas más interesantes para conocer cómo surge y se desarrolla el mundo contemporáneo.

En el intento por analizar la función de los medios de comunicación como canal educativo en la sociedad occidental -tanto en el pasado como en el presente-, acometemos esta tarea, a la que nos acercaremos con el siguiente esquema:

- 1) El estudio de las funciones de la Información periodística.
- 2) El análisis de las razones que, históricamente, han impedido el desarrollo de la función educativa a través de las publicaciones periódicas.
- 3) El examen de aquellas etapas en las que sí ha existido una clara conexión entre ambas realidades.
- 4) Por último, reflexionaremos acerca de la situación actual de dichos elementos.

¹ Alejandro MUÑOZ ALONSO en Sara NÚÑEZ DE PRADO (Coord.): *Comunicación social y poder*, Ed. Universitas, Madrid 1993, p. 13.

² Amparo MORENO, en Raymond Williams (Ed.): *Historia de la Comunicación*, vol. 1, Bosch Comunicación, Barcelona 1992, p. 16.

I. LAS FUNCIONES DE LA INFORMACIÓN PERIODÍSTICA

Plantea con acierto Miguel Urabayen que la finalidad que persigue la información periodística es, desde sus orígenes:

"básicamente satisfacer el deseo de conocimiento de la actualidad de su destinatario (...). Es decir, creemos que ese deseo de conocimiento es lo principal, reconociendo la posible existencia de otras finalidades"³.

Afirma lo anterior convencido de que ese peculiar tipo de comunicación -la periodística- tiene como meta saciar la curiosidad humana, entendida ésta en el sentido de "saber por saber", sobre el mundo exterior y sobre el propio hombre⁴.

Esa necesidad de conocer -que se encuentra en la raíz de la filosofía, de la ciencia, de la historia y de la enseñanza- es la que explicaría, a decir de los historiadores de la comunicación, el nacimiento de los primeros papeles periódicos durante la baja Edad Media europea. Desde el primer momento, los que fueran considerados como un género menor del libro vinieron a satisfacer la demanda de informaciones actualizadas y permanentes acerca de los asuntos que interesaban a los sectores más activos de la comunidad: la burguesía comercial. Además de promover la mejora de los correos, a dicho grupo se debe la creciente circulación de las hojas manuscritas que relataban sucesos varios, instrumento imprescindibles para todos los que se ocupaban de los negocios. De este modo, las llamadas *hojas nuevas*, *cartas volanderas*, o *relaciones de precios corrientes*, realizadas por los *menanti* o *minutantes*, vendrían a ser las primeras manifestaciones de una necesidad de saber que se acrecentaría al ritmo de las actividades mercantiles.

Consecuencia de la evolución misma de la sociedad durante las últimas décadas de la Baja Edad Media -que puso en evidencia la necesidad de contar con un sistema más rápido y ágil de transmitir noticias, hechos y eventos-, entre esos documentos localizamos a las *crónicas*, o recopilaciones de los acontecimientos de destacado relieve; las *cartas-diario*, o textos redactados por los agentes de las casas comerciales a fin de notificar a sus patronos cualquier asunto relativo a los negocios; y los almanaques, de variado contenido, y que contenían desde predicciones astrales y pronósticos hasta proverbios.

En su conjunto, escritos que contenían informaciones útiles a las clases comerciantes, así como otros datos de interés público. En ellos, como apunta Henri Berr, se apreciaría

"la curiosidad por el presente, el presente inmediato. Una curiosidad interesada, práctica: saber lo que ocurre, para aprovechar las circunstancias ventajosas, o para las dificultades o los peligros, si ello es posible"⁵.

En ayuda de dicha demanda acudiría la Imprenta que, desde finales del siglo XV, contribuyó a multiplicar el conjunto de los papeles citados, a los que sumó los *avisos*, *los ocasionales* y *las relaciones*. Su redacción, producción y venta a lo largo y ancho de la Europa que se abre a la Modernidad vendría a poner de manifiesto el logro de un cierto nivel de complejidad social y económica; una madurez, en definitiva, que exigiría que la información fuera multiplicada al máximo y ofrecida al público en plazos de tiempo cada vez más reducidos. También, que su contenido abordara materias más complejas que la simple proclamación de la propiedad de una cosa.

Además del abaratamiento de los textos, cuestión digna de subrayarse es que, desde sus comienzos, la imprenta multiplicó la capacidad comunicativa del hombre, incrementada tras la invención del alfabeto. La

³ Miguel URABAYEN: *Estructura de la información periodística. Concepto y método*. Ed. Mitre, Barcelona 1988, p. 19.

⁴ No obstante, el conocido investigador y profesor universitario añade que, en nuestros días, se impone más el sentido de curiosidad como "vicio que nos lleva a inquirir lo que no debiera importarnos".

⁵ Henri BERR, en Georges Weill, *El periódico. Orígenes, evolución y función de la prensa periódica*, Uteha, México 1962, p. VII.

creación de la escritura había liberado a aquel de las limitaciones del tiempo y del espacio en la transmisión de mensajes, así como de las restricciones que imponía la memoria en lo referente a la adquisición de conocimientos. La reproducción mecánica de un instrumento tan ágil como era el alfabeto permitió la intensificación de las comunicaciones hasta cotas nunca imaginadas por el ser humano. Junto a ello, la mayor posibilidad de acceso a los textos contribuyó a la estructuración de un nuevo orden social en los tiempos modernos; de suyo, el progreso en el ámbito de la cultura escrita que fomentó la imprenta sólo podía asentarse si la sociedad valoraba en su medida el desarrollo de las aptitudes mentales para la lectura.

La producción de libros constituyó una de las pruebas más evidentes del avance cultural y educativo experimentado por el mundo europeo de aquel entonces; la de periódicos, la señal que ratificaba la nueva función que adquiría la letra entre sectores cada vez más amplios de la sociedad.

II. EL BINOMIO PRENSA Y EDUCACIÓN

Desde la óptica descrita debe entenderse que la necesidad "por conocer", "por satisfacer la curiosidad" se encuentra en el origen mismo de la actividad escrita e impresa, entre las que se incluye la periodística. De ahí que, como apuntan numerosos autores, no resulte descabellado afirmar que ese espíritu por "saber más" estuviera, igualmente, ligado al deseo de un "mejor saber".

Desgraciadamente, diversas causas impidieron que, desde su misma aparición, los contenidos informativos sirvieran de canal adecuado y fiable para la correcta transmisión de los hechos, las ideas y los juicios de la sociedad occidental. Las razones de tal ruptura responden a dos causas principales:

- por el mismo contexto en el que se desarrolló la actividad periodística, una situación que, en numerosas ocasiones, impediría que aquélla se convirtiera en canal de información y conocimiento de los ciudadanos.
- por la supeditación de la finalidad informativa a razones políticas o económicas, motivo que retrasó, hasta el siglo XIX, el empleo de la prensa como canal de formación y expresión de la opinión pública.

Veamos ambos aspectos.

A) LA NEGATIVA INFLUENCIA DEL CONTEXTO

Ciertamente, desde su nacimiento y hasta bien entrado el siglo XIX, el papel formativo que pudieran tener los periódicos quedaría frenado por circunstancias externas a la propia prensa que, no obstante, influyeron decisivamente en su desarrollo. Nos referimos a factores como:

* **La escasa alfabetización.** Sin temor a equivocarnos, podemos afirmar que la sociedad estamental del Antiguo Régimen tuvo como uno de sus rasgos más destacados la miseria espiritual del pueblo, así como el desdén de la clase dirigente por la cultura; factores que propiciaron un panorama educativo realmente débil en la generalidad del continente. La primacía de la cultura oral sobre la escrita -señal inequívoca del predominio de "lo rural"- tendría como resultado una mayoría iletrada, incapaz de conocer y acceder al saber a través del libro o los documentos impresos. De ahí que el número de analfabetos alcanzara cifras millonarias en la mayoría de los espacios europeos.

La mencionada situación se aprecia en toda su gravedad cuando se tiene en cuenta que, al menos hasta el siglo XVII, abarcaba a una ingente población de las clases media y alta. Aunque dotadas de más medios de

formación que los sectores inferiores -analfabetos en su casi totalidad-, lo cierto es que en ambos grupos se vivieron situaciones como las que recoge Marcelino Tobajas en relación a la España que se abre a la Modernidad. Dice así:

"La ignorancia de las letras que generalmente hay en el interior de este principado [de Cataluña] es tan grande, que en ella consiste se queden sin cumplimiento muchas órdenes de la superioridad, porque aunque en los pueblos hay uno y otro que sepa leer, no se encuentre quien las entienda"⁷.

Por otra parte, recientes investigaciones han puesto de relieve cómo las diferencias religiosas no representaron un factor determinante en el proceso de instrucción social. En general, es comúnmente aceptado que los estados protestantes presentaban un grado de alfabetización mayor en razón a que utilizaban el libro como vehículo de difusión; por ende, la formación letrada en el ámbito católico quedaba supeditada al predominio ejercido por la comunicación visual y oral.

Sin embargo, un estudio detenido del tema nos descubre que, si bien Martín Lutero deseó que cada cristiano estudiara la Biblia por sí mismo, pronto, ante la proliferación de interpretaciones heterodoxas de los escritos sacros, insistió en que sólo una élite conservara el control de la interpretación doctrinal.

***La imagen social de la lectura.** A decir de Lorenzo Luzuriaga, "el mayor desarrollo de la cultura coincide generalmente con la menor extensión del analfabetismo y viceversa; pero...no existe entre una y otra una estrecha e inquebrantable relación causal"⁸.

Para el mencionado autor, la alfabetización de una sociedad constituye una condición necesaria para comprender el grado de educación y culturización alcanzado por un pueblo; pero no es un factor suficiente, pues, para estimar la verdadera comprensión de la comunicación escrita es preciso que intervengan otros factores como son: el nivel de escolarización, los parámetros económicos o los hábitos de consumo cultural de cada colectivo. De ahí, que siempre sea necesario diferenciar un público potencial -el que sabe leer- y un público efectivo -el que realmente lee un libro o un periódico-.

No cabe duda de que el progresivo aumento de la alfabetización que se observa en Europa a lo largo de la Modernidad se encontraría estrechamente ligado a razones demográficas (éxodo rural) y económicas (efectos de la concentración urbana), así como al incremento del proceso de escolarización. Pero, igualmente, habríamos de tener en cuenta otros elementos, como sería la consideración social de la lectura. En este sentido, habríamos de apuntar que, si bien, ya a principios del siglo XVI, "el libro, en su cualificación definitiva, se veneró como una pieza de excepcional mérito", lo cierto es que a lo largo de las centurias posteriores fueron constantes las críticas a la enseñanza de la escritura⁹.

Las causas de esa situación las encontramos en el escaso aprecio demostrado hacia la lectura por parte de aquéllos que pensaban que la práctica de ésta animaría el abandono de las actividades productivas. Sirvan como ejemplos las palabras de Bernard Mandeville, defensor de la tesis de que,

"para conseguir que la sociedad sea feliz es necesario mantenerla en su mayor parte ignorante y pobre...el bienestar y la felicidad de todo reino o nación hacen necesario que los conocimientos de la clase obrera sean reducidos al círculo formado por su trabajo y que nunca sea ampliado hasta más allá del mismo"¹⁰.

⁷ Informe del Intendente del Ejército y del Principado de Cataluña, citado por Marcelino Tobajas, *El periodismo español. Notas para su historia*. Forja, Madrid 1984, p. 45. Vid. M^o Dolores SÁIZ y M^o Cruz SEOANE, *Historia del periodismo en España. 3. El siglo XX: 1898-1936*, Alianza Universidad, Madrid 1996.

⁸ Lorenzo LUZURIAGA, citado por Jean-François Botrel, *Libros, prensa y lectura en la España del siglo XIX*, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Madrid 1993, p. 304.

⁹ Alfonso BRAJOS GARRIDO, en AA.VV., *Comunicación Social y Poder*, op. cit., p. 38.

¹⁰ Citado por Hipólito Escolar Sobrino, *Historia de las bibliotecas*, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Madrid 1987, pág. 370. En el mismo sentido Reinhard Wittmann recoge la crítica vertida sobre las sociedades de lectura a las que se acusaba de propiciar "el desorden, la frivolidad, daños a la córnea y otras enfermedades en muchas familias" (Reinhard WITTMANN, "¿Hubo una revolución en la lectura a finales del siglo XVIII?", en Guglielmo Cavallo y Roger Chartier (dirs.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Taurus, Madrid 1998, p. 470).

En el mismo grupo se incluirían los que denostaban la lectura y la escritura por el miedo a las consecuencias que podría conllevar su vulgarización, creciente tras la expansión de la imprenta por toda Europa. Dicha realidad, pues, sería fuente de suspicacias para los que, como el teólogo dominico Filippo di Strata, advertían que la baratura de los impresos ponía en manos de personas sin formación las ideas peligrosas. De hecho, un asunto que condujo a los defensores de un sentido aristocrático de la cultura a lamentarse de que las materias que antes eran conocidas por los sabios ahora estuvieran al alcance de cualquier persona.

* **El control de la lectura.** A tenor de este último aspecto, no resulta extraño comprobar cómo la expansión de la escritura que vivió Europa desde el siglo XVI iría irremisiblemente acompañada de un claro ejercicio de control de manuscritos e impresos por parte de los poderes temporal y espiritual coligados. En esa tónica, apunta Manuel Vázquez Montalbán, se inscribiría la oficialización del correo, mediante la regulación de las rutas, postas, horas y días; pero, sobre todo, el afán por inspeccionar la acción de la imprenta, intentado encauzar en provecho propio a sus diversas manifestaciones, bien mediante la censura previa o la identificación del autor.

Conscientes de que potenciaba el desarrollo de capacidades mentales superiores -tales como la abstracción, el análisis, la objetivación o el pensamiento crítico-, los citados poderes hicieron objeto de su persecución a los frutos de la imprenta¹¹. Sirvan como ejemplo de lo dicho las palabras introductorias que Bernardo de Sandoval escribiera para el *Índice de Libros Prohibidos* publicado en 1612. Decía así:

"De tan eficaz y pernicioso medio [la imprenta y sus productos] se ha valido siempre el común adversario enemigo de la verdad católica"¹².

En el mismo sentido, aunque presidida por una clara finalidad política, se entiende la norma que Carlos III dictara en 1767, mediante la que se prohibía

"imprimir romances de ciegos y coplas de ajusticiados de cuya edición resultan impresiones perjudiciales para el público, además de ser una lectura vana y de ninguna utilidad a la pública instrucción"¹³.

B) LA DESNATURALIZACIÓN DE LA INFORMACIÓN PERIODÍSTICA

Junto a las cuestiones mencionadas, es menester resaltar que, desde el surgimiento de las primeras hojas regulares, han existido cuestiones internas a la misma concepción de lo que era el periodismo que han demorado el desenvolvimiento de la faceta educativa que hubiera podido desempeñar la prensa. Entre ellas destacamos las siguientes:

* **Su consideración de "hoja popular".** El primer inconveniente que sobresale a la hora de estimar a la prensa como canal de formación social derivaría del hecho de que sus primeras manifestaciones la presentaron como una hoja popular, distribuida o cantada por juglares, cómicos, bufones o brujos. Identificada como elemento propio de la baja cultura, frente a la alta de los ambientes académicos y librescos, los primeros ejemplos de informaciones periódicas circularon en una situación de marginalidad, alejándose, al menos en sus comienzos, de cualquier prestigio intelectual. Y ello porque, además de transmitir novedades, el periódico sirvió de canal de lo fantástico, lo inusual, lo extravagante y lo falso.

Ampliamente editados por los impresores -para los que representaban un beneficio extra a añadir a sus ganancias-, a estos textos se debe el auge de una literatura de amplia difusión, de alto consumo, alejada de

¹¹ Vid. Pedro Luis MORENO MARTÍNEZ, *Alfabetización y cultura impresa en Larca (1760-1860)*, Universidad de Murcia, Murcia 1989, p. 205.

¹² Citado por Vicente L. Salavert Fabiani, "Los humanistas y el libro", en *Historia XVI*, n.º 157, p. La actitud era paralela a la que se ejercía sobre los escritos estrictamente religiosos. En ese sentido César Aguilera apunta que "la lectura de la Biblia no sólo no [urgía], sino que la Iglesia [tenía] más recelo en su difusión" (CÉSAR AGUILERA, en AA.VV., *Historia de la comunicación y de la prensa. Universal y de España*, tomo 1, Ed. Atlas, Madrid 1988, p. 365). Vid. Albertine GAUR, *Historia de la escritura*, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Madrid 1990.

¹³ "Novísima recopilación", citada por A. Remesar, "Cómico y educación. Prolegómenos de un análisis genealógico", en J.L. Rodríguez Illera, op. cit., p. 159.

los anaqueles de las bibliotecas. De formato cuarto, normalmente compuestos de cuatro hojas, redactados en prosa o verso y de larga vida o, por el contrario, efímera, solían circular en los mentideros, los sitios donde, a decir de Fray Luis de León, "para conversar, se junta la gente ociosa"¹⁴. Amén de lo dicho, a esa mala imagen contribuirían las mismas condiciones de su realización. Como reflejo de la vida política y social, de los conflictos y desuniones, de lo afectivo y lo fugaz, la prensa fue durante mucho tiempo suspendida en el examen que le hicieron pasar profesiones e instituciones escolares. Como recoge M^o Luisa Sevillano y Donaciano Bartolomé era:

"demasiado superficial; abarrotada de neologismos, portadora de ruidos y de furia; de algún modo, demasiado cerca de la vida"¹⁵.

Características que, con total franqueza, eran admitidas por sus mismos creadores. Valgan en este sentido las palabras de uno de los primeros periodistas de la historia de la humanidad, Theophraste Renaudot, quien, en el prólogo a su *Gazette*, llegaba a afirmar:

"Si el temor de disgustar a su siglo ha impedido a varios buenos autores tocar la historia de su época, ¿cuál debe ser la dificultad de escribir la de la semana, o la del día mismo en que ella (la *Gazette*) es publicada? Unid a eso la brevedad del tiempo que la impaciencia de vuestro humor me da, y me engañaré mucho si los más severos censores no encuentran digna de alguna excusa una obra que debe hacerse en las cuatro horas que la llegada de los correos me deja cada semana para reunir, ajustar e imprimir estas líneas".

Finalizaba dicha presentación con estas palabras:

"En una cosa no cederé a nadie: en la búsqueda de la verdad, de la que sin embargo no me hago fiador. No será raro que entre quinientas noticias escritas aprisa, de un clima a otro, se me escape alguna que merezca ser corregida por su padre el Tiempo (...) La Historia es el relato de las cosas sucedidas, la *Gazette* únicamente el rumor que sobre ellas corre. La primera está obligada a decir siempre la verdad. La segunda hace bastante si no miente"¹⁶.

En última instancia, sus mismas condiciones de realización y el contenido de sus mensajes la alejaron de la escuela; de igual modo, propiciaron el amplio rechazo social que sufriera como instrumento de educación y cultura. De ahí que sólo en fechas recientes, y no sin antes someterla a un proceso de depuración, investigadores y estudiosos ha admitido el uso de la prensa como fuente histórica.

* **La oficialización de la prensa.** Superada esa primera etapa, los periódicos pasarían, no obstante, a sufrir la instrumentalización que de ellos hizo el poder político para el logro de objetivos diversos. Sirva como ejemplo del uso que éste hizo de la prensa la publicación francesa *Le Journal de Savants*. Fundado en enero de 1665 por Denis de Sallo -gracias al privilegio que, por veinte años, le otorgara el ministro Colbert, el *Journal* pronto se convirtió en una exigencia política de primer orden, destinado a consolidar el incipiente edificio de la razón de estado de los monarcas absolutos. Inscrito en unas líneas de actuación perfectamente definidas -como fueron los monopolios en materia cultural organizados por los sucesivos primeros ministros franceses-, el periódico presentaba, bajo la fórmula de comentarios y reseñas de libros, una clara orientación apologética, destinada a cantar las glorias de la monarquía y justificar la esencia del poder. En este sentido, José Jaime García Bernal comenta que:

¹⁴ Fray Luis de LEÓN, citado por Marcelino Tobajas, op. cit., p. 5. Vid. Jaime MOLL, *De la imprenta al libro. Estudios sobre el libro español de los siglos XVI al XVIII*, Arcos/Libros, Madrid 1994.

¹⁵ M^o LUISA SEVILLANO GARCÍA y Donaciano BARTOLOMÉ CRESPO, *Prensa: su didáctica, teoría, experiencias y resultados*, Cuadernos de la Uned, Madrid 1988, p. 15.

¹⁶ Theophraste RENAUDOT, presentación de la *Gazette*, citado por Miguel Urbayen, op. cit., p. 61.

"no se trataba tanto de comunicar al gran público novedades concretas sobre asuntos, sino más bien de conmover a los súbditos del eterno esplendor de la Monarquía, de suscitar admiración y obediencia mediante un discurso recurrente de la sacralidad"¹⁷.

El corolario de tal actitud lo pondría la oficialización que de muchos de esos periódicos realizaran las monarquías europeas a lo largo del siglo XVIII (*La Gazette de France*, *La Gaceta de Madrid*), hojas que devinieron en los portavoces autorizados del poder político.

A la vista del examen efectuado, podemos afirmar que, históricamente, la prensa no ha sido considerada el instrumento privilegiado de educación que muchos de sus promotores auguraban. Pese a todo, la formación de la sociedad ha estado, de una u otra manera, presente entre sus metas.

III. LA PRENSA COMO INSTRUMENTO EDUCATIVO

Testigo de acontecimientos y convulsiones sociales, catalizadora del cambio histórico, formadora del público, canal de expresión de las opiniones, foro de debates del más variado tono, la prensa ocupa, con sus peculiaridades, una posición privilegiada dentro de los instrumentos de ilustración creados por el hombre¹⁸.

Dicha faceta, presente de un modo u otro en las primeras manifestaciones periodísticas, cobraría un especial énfasis a partir del siglo XVIII.

A) LA PRENSA BAJO EL ANTIGUO RÉGIMEN

Si bien antes de la fecha indicada no existía una política consciente relativa al uso de la prensa como elemento educativo, podemos, no obstante, afirmar que los periódicos crearon entre su público la necesidad de estar informado, lo que, inevitablemente, influyó en los deseos de aquel por familiarizarse cada vez más con la cultura escrita.

A decir de Fernando J. Bouza, la alta Edad Moderna europea fue testigo de la construcción de una civilización escrita que, sin renunciar a comunicación oral e icónico-visual, propiciaría que el continente europeo

"fuera llenándose de más y más libros, que la escritura [llegara] a lugares y [mediara] en asuntos que antes eran territorios de otras formas de comunicación, que los hábitos mentales se forjaran cada vez más sobre convenciones que partían de ficciones escriturarias [y] que la autoría [quedara] establecida como duradera expresión de la fama humana"¹⁹.

En dicho contexto, la prensa vino a satisfacer parte de esa demanda de textos escritos, algo que logró con el refuerzo que recibiera tras la aparición de la imprenta. El artefacto creado por Gutenberg implicó, según Pedro Luis Moreno, lo siguiente:

"[La imprenta] sitúa las palabras en el espacio de un modo más implacable que la escritura, la encierra y la constituye en un espacio, no un tiempo que se esfuma como la palabra hablada"²⁰.

¹⁷ José Jaime GARCÍA BERNAL, *Le journal des savants: un siglo de conciencia europea*. Trabajo de doctorado inédito, Sevilla. Vid. Juan Manuel FERNÁNDEZ SORIA, *Educación y cultura en la guerra civil (España 1936-39)*, Nau Llibres, Valencia 1984.

¹⁸ Vid. Teófilo EGIDO LÓPEZ, *Opinión pública y oposición al poder en la España del siglo XVIII (1713-1759)*, Universidad de Valladolid, Valladolid 1971; José Luis DADER, *Periodismo y pseudocomunicación política. Contribuciones del periodismo a las democracias simbólicas*, Eusa, Pamplona 1983; Cándido MONZÓN ARRIBAS, *La opinión pública. Teorías, concepto y método*, Tecnos, Madrid 1990; y Vincent PRICE, *La opinión pública. Esfera pública y comunicación*, Paidós Comunicación, Barcelona 1994.

¹⁹ Fernando J. BOUZA ALVAREZ, *Del escribano a la biblioteca. La civilización escrita europea en la alta Edad Moderna (siglos XV-XVII)*, Ed. Síntesis, Madrid 1992, p. 11.

²⁰ Pedro Luis MORENO MARTÍNEZ, op. cit., p. 31.

De ahí que, si la palabra escrita era apreciada -respecto a la hablada- por implicar el acotamiento y perpetuación espacial de un sonido efímero, la imprenta lo fuera por conferir un grado de autoridad al texto que nunca ha vuelto a perder.

Con acierto Pierre Albert subraya cómo, gracias al nuevo invento, la prensa obtendría notables beneficios, especialmente en aquellos casos en que escapaba al control oficial. Animados por el incremento del número de lectores -en razón de la progresiva escolarización y el estudio de las lenguas vernáculas a partir del siglo XVII-, los impresos de carácter periódico circularon, distribuidos por buhoneros, a lo largo y ancho de Europa. Su bajo coste, sus contenidos llamativos (como catástrofes, sucesos, etc.) y su breve extensión resaltaban una estructura atractiva que, partiendo del acontecimiento, se desarrollaba conforme a un ilustrativo relato que solía finalizar con un párrafo aleccionador. Para incrementar la credibilidad, la detallada redacción se completaba con citas de personajes relevantes, así como con exhaustivos relatos del hecho²¹.

Entre todos esos documentos y papeles, merecen especial atención los almanaques. Surgidos del hábito de acompañar la enumeración de los días, las semanas y los meses con refranes o máximas, los almanaques devendrían en el siglo XVII en una importante vía de culturización liberal sobre el medio rural²². De ahí que pasaran de ser una recopilación del saber popular a instrumento de secularización del pensamiento entre los estamentos medios y bajos de la sociedad²³.

B) FUNCIÓN EDUCATIVA DE LA PRENSA DESDE EL SIGLO XVIII

Pero, donde efectivamente, se tomaría conciencia del valor de la prensa como canal de educación sería a partir del siglo XVIII. Y ello porque la que ha sido denominada *Época de las Luces* aportó como una de sus premisas básicas un generalizado sentimiento de optimismo acerca de las posibilidades del hombre en la mejora de la sociedad.

En lo referente a la educación y la cultura, el espíritu ilustrado del siglo XVIII no fue ajeno a las dificultades más frecuentes en aquellos momentos: la falta de dinero para construir escuelas -en especial, en el medio rural-, los equipos rudimentarios de las existentes, la escasa cualificación de los maestros, la exigua conciencia acerca de la importancia de la formación y, sobre todo, la supeditación de la lectura a la ortodoxia religiosa imperante en cada ámbito. Pese a todo ello, la ilustración representó en la mayor parte de Europa, como hemos dicho, el nacimiento de un movimiento reformista que trató de resolver los problemas haciendo precisamente de la educación un instrumento básico de renovación y mejora. Desde ese principio, la educación y la cultura pasaron a concebirse como pilares fundamentales para el logro del progreso material y moral de cada pueblo; las bases imprescindibles para convertir al hombre en miembro útil de la sociedad y, por qué no, en incipiente público político.

El activo moralismo-pedagógico desplegado a raíz de tales preceptos se manifestó en la incorporación de nuevos saberes (ciencias exactas, físicas, naturales, lenguas vivas) y nuevos medios, entre los que la prensa cobró un marcado protagonismo. Sirva como ejemplo de esa moderna consideración acerca de los periódicos una de las normas dictadas en el momento: el Decreto que Carlos III promulgara en España en 1785. El texto, publicado apenas diecisiete años después de la *Novísima recopilación*, planteaba lo siguiente:

"[El periódico], por las circunstancias de adquirirse a poca costa y tomarse por diversión, logra incomparablemente mayor número de lectores que las obras metódicas y extensas (...); por consecuencia, contribuye en gran manera a difundir en el público muchas verdades o ideas útiles y a combatir por medio de la crítica honesta los errores y preocupaciones que estorban el adelantamiento en varios ramos"²⁴.

²¹ Vid. Pierre ALBERT, *Historia de la prensa*, Ed. Rialp, Madrid 1990.

²² César Aguilera apunta que la costumbre del calendario anual es cristiana en razón de la "organización y movilidad de casi todo el año litúrgico y la disposición de fiestas religiosas" (César AGUILERA, op. cit., p. 353).

²³ Vid. Jesús Timoteo ALVAREZ FERNÁNDEZ, *Del viejo orden informativo*, Actas, Madrid 1991.

²⁴ Citado por Marcelino Tobujas, op. cit., p. 85.

Ciertamente, ese espíritu en favor de la educación y la cultura había encontrado canales adecuados en la edición de textos como el *Dictionnaire raisonné, des sciences, des arts et des métiers par une société des gens de lettres*. Mas, resulta de sobra conocido que el público de tan magna obra nunca alcanzó al grueso de la población: a lo sumo, a sectores de notables, hombres de finanzas, abogados y pequeños nobles y canónicos²⁵. De ahí que ilustrados y reformistas aprovecharan la existencia de un amplio mercado ansioso por las nuevas ideas para difundir el saber a través de las variadas modalidades de impresos periódicos.

Del éxito de tal apuesta dan fe los comentaristas de la época. Viajeros alemanes comentan cómo, desde mediados del siglo XVIII, se observa un cambio del comportamiento del lector de consecuencias impredecibles. Cuentan que en Inglaterra los pizarreros se hacían traer periódicos al tejado a la hora del almuerzo; igualmente, que en la capital francesa se podía observar que

"todo el mundo lee (...). Se lee en el coche, en el paseo, en los teatros durante el entreacto, en el café, en los baños. En las tiendas leen las mujeres, los niños, los mozos, los aprendices. Los domingos leen las personas que se sientan delante de sus casas, los lacayos leen en sus asientos, los cocheros en sus escabeles, los soldados que cumplen guardia..."²⁶.

Ante tal panorama, no resultó extraño que a lo largo de la centuria se multiplicaran las fórmulas periodísticas al objeto de poder adaptar la prensa al espíritu vulgarizador imperante en Europa. Diarios, semanarios, dominicales y mensuales adoptaron fórmulas como las de la *prensa moral*, la *nueva prensa política*, la *prensa radical* o la más moderna del *advertiser*. En suma, distintos géneros, especialidades y estilos que acercaron el mundo de la lectura a un mayor contingente de hombres, a los que acostumbraron a recibir datos, ideas y juicios a través de las hojas impresas. Entre todos ellos, llama nuestra atención la denominada *prensa política*.

Ello dicho apelativo no puede incluirse, exclusivamente, a las publicaciones de marcada dirección oficial, sino, sobre todo, a la serie de periódicos encargados de generar una opinión pública frente a la gubernamental, fortalecer las instituciones más singulares de la nueva etapa liberal-democrática y servir de canal independiente de comunicación entre gobernantes y gobernados. A esta nueva modalidad se debería, igualmente, la lucha a favor de la abolición de las tasas que gravaban la edición de periódicos -algo que lograron en 1853-, así como el fin de la prohibición de publicar las crónicas parlamentarias. Una prensa, en definitiva capaz de hacer salir, como apuntara el creador de una de las publicaciones más emblemáticas del siglo -*The Spectator*-,

"la filosofía de los gabinetes de estudio y de las bibliotecas, de las escuelas y de los colegios para instalarla en los clubes y los salones, en las mesas de té y en los cafés"²⁷.

En su conjunto, los nuevos estilos de hacer periodismo traerían como principal resultado el que la prensa fuera apreciada como un bien accesible a un mayor contingente de público, logrando, así, dar los primeros pasos como el potencial producto de masas que llegaría a ser en la siguiente centuria.

Al igual que en siglo XVIII, las décadas que dan paso a la Contemporaneidad serían testigos de una profunda fe en la instrucción pública como elemento de renovación y reforma social. Mas, a diferencia de etapas anteriores, la búsqueda de una mayor participación económica y política del ciudadano animaría la promoción de una más intensa alfabetización. La creencia de que sólo un hombre libre y responsable podía constituir la base de la naciente democracia animó al incremento de las tasas de instrucción²⁸, actitud indelible del reconocimiento expreso de la importancia de dicha actividad²⁹. Prueba de ello sería el que muchos países hicieron de la universalidad de la instrucción primaria y su extensión a todas las poblaciones sin

²⁵ Vid. J.P. GUICCIARDI, D. ROCHE, A. LAFUENTE y J.L. PESET, "La Enciclopedia", en *Cuadernos de Historia* 16, n° 3, 1985.

²⁶ Citado por Reinhard Wittmann, op. cit., p. 438.

²⁷ Citado por Georges Weill, op. cit., p. 46.

²⁸ Hacia 1859, Inglaterra contaba con las siguientes cifras de población alfabetizada: un 70% de hombres y un 55% de mujeres; Francia: un 50% y un 30%, respectivamente; y el Imperio alemán, un 88% de varones.

²⁹ Sirva como muestra la Constitución española de 1812 que dedicaba, íntegramente, su título IX a la instrucción pública.

excepción un precepto constitucional; igualmente, que se alentara -con idéntico rango- el principio de la libertad de expresión, compañera indiscutible de la primera³⁰.

Junto a los factores citados, al fomento de la instrucción acudirían las mejoras implantadas en los periódicos. Ayudada por el desarrollo técnico (prensas Koenig, uso de agencias de noticias, incremento de la calidad del papel y la tinta, desarrollo del ferrocarril y del telégrafo), la prensa del siglo XIX se planteó con el claro objetivo de convertirse en un producto más popular, al alcance de todos, capaz de saciar la sed de informaciones y conocimientos acorde con los tiempos. Además del incremento de las tiradas, las señales más claras de ese espíritu las encontramos en la profusión de grabados, la búsqueda de la novedad no exclusivamente política, el uso complementario de determinados géneros literarios y el predominio de recursos gráficos diversos³¹.

Hacia la mitad de la centuria, el crecimiento sorprendente de ese público lector -esencialmente urbano, ávido de noticias e imágenes- traería como resultado la aparición de la *revista ilustrada*, la *prensa satírica*, la *prensa para la mujer* y los *periódicos para la infancia*. En concreto, estos últimos, constituirían, pese a sus cortas tiradas, su alto precio y su escasa duración,

"verdaderos tratados de buenas costumbres, difundidos a compás con los libros, ya que no en vano se consideraba a la enseñanza como un elevador social"³².

Existentes en Francia, Inglaterra y Alemania, en nuestro país vieron la luz en Madrid y Barcelona de la mano de *La Gaceta de los niños* y *La Infancia*. Su alta pretensión pedagógica quedaría patente en textos como el que reproducimos, extraído del prospecto de presentación de *La Infancia*. Decía así:

"Un niño mal educado, entregado a sus instintos (...) producirá infaliblemente un hombre malo, un miembro dañino del cuerpo social"³³.

IV. HACIA EL SIGLO XX

Tras el recorrido realizado, no resulta aventurado afirmar que los inicios del periodismo moderno fueron testigos de la profusión de documentos de muy variada naturaleza en los que la finalidad formativa quedó supeditada a otros objetivos, económicos y políticos principalmente. Sin embargo, y pese a los impedimentos reseñados, podemos asegurar que, asentada en el siglo XVIII, la prensa se convertiría en vehículo primordial de la constitución y formación de la opinión pública. Hojas manuscritas, avisos, almanaques, gacetas semanales y diarios serían también responsables, en su medida, del aumento de la alfabetización, del progreso de las revoluciones industrial y tecnológica, de la consolidación de los sistemas políticos liberales y del fortalecimiento de las sociedades democráticas en el ámbito occidental.

Reconocida, pues, su faceta educativa en el pasado -con todas las imperfecciones que hemos admitido-, cabe ahora plantearse una nueva cuestión: ¿sirve hoy día la prensa -y, por ende, los medios de comunicación- como canal de educación social? Una pregunta cuya respuesta se exige con más perentoriedad a tenor del destacado protagonismo que han adquirido en la presente centuria.

Así pues, nuevos retos, responsabilidades añadidas y, por supuesto, diferentes problemas. La solución a los mismos nos las desvelará la ponencia presentada por el profesor Guillermo Raigón.

³⁰ El artículo 371 de la mencionada Constitución española de 1812 lo definía de este modo: "Todos los españoles tienen libertad de escribir, imprimir y publicar sus ideas políticas sin necesidad de licencia, revisión o aprobación alguna anterior a la publicación, bajo las restricciones y responsabilidad que establecen las leyes".

³¹ Según Remesar, un claro ejemplo de esa nueva actitud la encontramos en el folletín. Directamente importado de Francia, se presentaba bajo la fórmula de "narraciones sobre la verdad de la vida y sus misterios, complejas, intrincadas, laberínticas, pero generadas a partir de unas simples estructuras de buenos y malos absolutos, de éxito o fracaso absolutos, de amor y odio absolutos" (A. REMESAR, op. cit., p. 164).

³² A. MARTÍN, citado por A. Remesar, op. cit., p. 160.

³³ Citado por A. Remesar, op. cit., pp. 160-161.